

Poesía

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

Astrophobos
En los cielos nocturnos brillando,
Sobre abismos lejanos y etéreos,
Anhelante un día acechaba
Una seductora, luminosa estrella;
Cada atardecer surgía en el cielo
Brillando en el Carro Artico.
Místicas bellezas se fundían
En sus brillantes, dorados rayos;
Gozosas quimeras descendían
Con mezclas y olores a mirra,
Y unos sonos de liras extendían
Dulces y suaves melodías.
Allí, pensé, imperaba el placer,
La libertad y la armonía;
A cada momentó nació un tesoro
Envuelto en flores de loto,
Y un líquido sonido salía
Del laúd de Israfel.
Allí, me dije, existían
Mundos de increíble felicidad,
Donde la inocencia y la paz
Coronaban el trono de la virtud;
Hombres de luces, sus pensamientos
Más puros y limpios que los nuestros.
Y entonces sentí pavor, pues la
visión
Se tornó delirante y roja;
La esperanza se enmascaró de burla,
La belleza se cambió en fealdad;
Una algarabía de músicas chocaron,
Signos espectrales se entremezclaron.
Con delirantes colores ardió la
estrella
Que antaño vislumbré tan bella;
Todo era triste, ya no había
felicidad,
y en mis ojos destelló la verdad;
Un pandemonio salvaje desfiló
Ante mi enfebrecida visión.
Ahora conocía la diabólica fábula
Que portaba aquel dorado esplendor,
Ahora evitaba la tétrica luz
Que antaño admiré con fervor;
Y un miedo espantoso y mortal
¡Ha apresado mi alma por siempre
jamás!

Nov. 21, 1917

ESPEJISMO

No sé si existió alguna vez ese mundo
Flotando perdido en las aguas del
tiempo.
Yo lo he visto a menudo, con su
bruma violada,
Parpadeando en el fondo de algún
sueño vago:
Sus torres extrañas, insólitos ríos,
Laberintos inmensos, luminosas
cavernas,
Y cielos enmarañados, como esos que
tiemblan,
Ansiosos, al presagio infernal de la
noche.
Sus marejales llegan a la costa
juncosa y desolada
Donde unos pájaros inmensos giran;

Y en la cima ventosa
Un pueblo antiguo yergue sus blancos
campanarios
Cuyos repiques vespertinos aún oigo.
No sé que tierra es ésa...no me atrevo
A indagar cuándo ni por qué fui o iré
allá.

A PAN

En una boscosa hondonada
Por un riachuelo surcada,
Meditaba pensativo y sosegado
Cuando por el
Sueño fui arrullado.
Del arroyo una sombra surgió,
Medio cabra medio hombre se reveló:
En vez de pies, pezuñas mostraba,
Y de su mentón una barba colgaba.
Entre juncos y cañas escondido,
Tocó dulcemente el híbrido ser;
Mas nada tenía que temer
Pues de Pan venía aquel silbido.
Las ninfas y sátiros se juntaron
alrededor
Para disfrutar del mágico clamor.
Demasiado pronto del sueño desperté,
Y a los reinos del hombre retomé;
Pero en ocultos valles aún puedo
escuchar
Las mágicas notas de la flauta de
Pan.

PEQUEÑO SAM PERKINS

(Escrito a la memoria de un gatito)

El antiguo jardín nocturno
Parece soportar una pena profunda,
Como si el peso de una sombra silente
Se cerniera en el aire.
La hierba se inclina con profundo pesar,
Incapaz de olvidar todavía,
Recordando desde ayer,
Aquellas zarpitas que la agitaron.

LA ANTIGUA SENDA

No hubo mano amiga que me ayudara
La noche que encontré la antigua senda
Sobre la colina, cuando creí
descubrir

Los campos que embrujaban mi espíritu.

Ese árbol, aquel muro: los recordaba
bien,

Y todos los tejados y bosquecillos
Eran familiares a mi mente,
como si los hubiera visto poco antes.

Adivné que sombras se moldearían
Cuando la perezosa luna ascendiera
Tras la colina de Zaman, y supe
Cómo se iluminaría el valle poco
después.

Y cuando la senda subió, alta y
agreste,

Y parecía perderse entre los cielos,
No temí lo que pudiera ocultarse
Tras aquellas laderas informes.

Caminaba decidido mientras la noche
Se tornaba pálida y fosforescente;
Los tejadillos de una casa lucían
Espectrales cerca del escarpado camino.

Allí estaba el conocido letrero:

"Dos millas a Dunwich", la visión
de los campanarios y tejadillos asomó
delante de mí diez pasos más arriba...
No hubo mano amiga que me ayudara
Cuando me topé con la antigua senda,
 Cuando crucé la cima y descubrí
 Aquel valle de ruina y desolación;
 Tras al colina de Zaman surgía
La mole enorme de una maligna luna,
Alumbrando malezas y enredaderas
Sobre ruinosas paredes jamás vistas por
 mí.

Lucía tétrica en ciénagas y campos,
Y unas aguas invisibles vertían vapores
 Ondulantes que me hacían dudar
 De mi antiguo amor por este lugar.
Y desde aquella horrible región supe
Que mi pasado cariño nunca había sido
Y que me había alejado del sendero
 Que baja a aquel valle de la muerte.
La niebla se escurría a mi alrededor,
 Arriba, luminosa, brillaba la Vía
 Láctea...

No hubo mano amiga que me ayudara
La noche que descubrí la antigua senda.
 A UN SOÑADOR

Reconozco tu rostro, tranquilo y pálido,
 En el reflejo luminoso de la vela;
La negra sombra de tus párpados, bajo
 esa cortina
Están los ojos que no ven utilidad a
 este mundo.

Y mientras observo, ansío conocer
Los caminos por donde tus sueños van,
 Las tenebrosas regiones que tu
 imaginación ve
Con los ojos velados por la rutina y
 por mí.

Pues del mismo modo, yo contemplo en
 sueños
Cosas que mi memoria no podría
 guardar,

Y desde la penumbra intento vislumbrar
Las imágenes que aparecen ante tus
 ojos.

Yo, Que conozco demasiado bien la
 cumbre de Thok;
Los valles de Pnath, donde los sueños
 se reúnen;

Las criptas de Zin; y así, pienso
Por qué tus rezos se dirigen a la
 llama de la vela.

¿Pero, qué es lo que se desliza
 quedamente
sobre tu cara y tus barbudas
 mejillas?

¿Qué miedo distrae tu mente y tu
 corazón,

y te hace llorar con repentino temor?
Viejas visiones se despiertan...Ante tus
 ojos

Brillan las oscuras nubes de otros
 cielos,

Y por alguna demoníaca perspectiva
Me veo flotar por la noche encantada.

A KLARKASH-TON, SEÑOR DE

AVEROIGNE

Una negra torre descolla entre tenues
bancos de nubes
Alrededor un inmaculado, opresivo
bosque.
Sombra y silencio, moho y
putrefacción, una mortaja
Gris sobre antiguas lápidas hace tiempo
desmoronadas;
Ningún pie ha hollado, ningún trino
ha despertado
La mortal soledad de esta noche eterna,
Pero a veces se agita el aire con
tembloroso bullir
Cuando en la torre brilla un mortecino
destello.
Aquí, en soledad, mora aquel cuyas
manos han trazado
Extrañas obras que estremecen al mundo;
En espantosos, indescifrables
jeroglíficos ha revelado
Lo que acecha más allá de los abismos
estelares.
Oscuro Señor de Averaigne tus
ventanas se abren
A ensoñaciones que ningún otro puede
acoger.

PSYCHOPOMPOS

Yo soy el que aúlla en la noche;
Yo soy el que gime en la nieve;
Yo soy el que nunca ha visto la luz;
Aquel que surge de lo más hondo.
Mi carro es el carro de la muerte;
Mis alas son las alas del miedo;
Mi aliento es el aliento del norte;
Mi presa es lo frío y lo muerto.
En la antigua Auvernia, cuando las
escuelas eran pocas
Y los campesinos temían lo que no
sabían explicar,
Cuando los nobles vivían lajos de la
corte del Rey,
Aislados en solitarias fortalezas,
Moraba un hombre de rango en un castillo
Bajo el calmo crepúsculo de un añoso
bosque.
Su nombre, De Blois; su linaje, noble
y vasto,
Orgullosa herencia de un honroso
pasado;
Pero siempre, ahora y antes, se murmuró
Que el Sieur De Blois no era como
los demás.
Persona siniestra y flaca, de pelo
lustroso
Y reluciente, blanca dentadura que a
menudo mostraba;
De ojos penetrantes y furtiva gracia,
Da su boca salía el dulce, suave
idioma francés;
El Sieur era poco estimado y poco
visto,
Tan celosamente guardaba su propia
intimidad.
Los criados del castillo, pocos,
discretos y viejos,

Cuentan una antigua y extraña historia
Donde están sus señores y a los que
antes sirvieron.
Estas habladurías nacieron como muchas
otras,
Impregnadas de un halo de misterio y
envidia;
Patrimonio de lenguas venenosas y
afiladas
Los rumores se alimentaron de pocos
hechos.
Se decía que el Sieur había sido
visto
Cerca del río y en mitad de la noche,
Con aspecto tan indecible y mirada
tan extraña
Que los lugareños se santiguaban al
verlo,
Aunque ninguno sabía decir con
claridad
Por qué lo hacían, o por qué temblaban.
Se rumoreaba que De Blois despreciaba
los rezos
Y que no iba a misa el día del
Sabbath:
Pero no se puede afirmar nada
Pues en su casa no había capellán, cura
ni monje.
Pero si el señor tenía dudosa fama,
Más temida y odiada era su noble dama;
Tan siniestra como él, de facciones
salvajes y firmes,
Dotada de una gracia oscura y
sobrenatural,
La altiva señora desdeñaba el ambiente
rural
Y a los que trataban, en vano, de
averiguar su origen.
Las comadres decían que sus ojos
brillaban demasiado
Y los chiquillos temblaban al escuchar
su risa;
Richard, el enano (sujeto poco
creíble),
Juraba que se movía como una serpiente,
Mientras que el viejo Pierre (la edad
le provoca desvaríos)
Decía que era más perversa que su
marido.
Pero aún eran más absurdos los
chismes
A los que se entregaba gratuitamente el
populacho,
Las mentiras y murmuraciones
sibilinas,
Los cuchicheos... Historias difíciles de
probar
Pero que las comadres creían a pie
juntillas,
A pesar de llegarles de segunda mano.
Y así, se fue extendiendo la leyenda
que aseguraba
Que la señora De Blois echaba mal de
ojo;
Incluso, furtivamente, llegaban a
sugerir

Que en su pecho anidaba el germen de la
brujería.
La vieja Meré Aflard (medio bruja
también) decía
Que la dama tenía extraños tratos con la
muerte.
Así vivían los dos, como tantos otros
Que rehuyen la fama y la vida en
sociedad.
Desdeñaban los recelos de los
campesinos
Y sólo querían una cosa... ¡que les
dejasen en paz!
Sucedió en la Candelaria, la época
más triste del año,
El otoño había pasado, la primavera
quedaba lejos,
Cuando el pequeño Jean, primogénito
del alcalde,
Cayó irremisiblemente enfermo.
Pacos imaginaban que un joven tan
alto y fuerte
Estuviese ahora tan cerca de la muerte,
Mas pálido yacía, sin motivo ni
razón,
Mientras los galenos indagaban con
desesperación.
El dolor que todos sentían no podía
borrar
Las sospechas, los chismes de la vieja
bruja,
Pues se decía, y era el dominio de
todos,
Que la señora De Blois cabalgaba el día
anterior
Con una apariencia sobrenatural y
salvaje,
Y que se detuvo ante la puerta donde
deliraba el joven
Y que en su boca se dibujó una
torcida sonrisa,
Desfigurando su altivo rostro en una
mueca burlona.
Todo esto se murmuraba cuando la
madre gritó:
La muerte había llegado, llevándose el
tierno espíritu;
Con pena desgarradora lloró la abatida
mujer
Mientras que su querido niño yacía entre
santos y ángeles
El cura del pueblo ofició los
funerales
Y el bueno de Michel hizo un ataúd de
madera de tejo
Entre cirios y velas reposaba el
cadáver.
Mientras lloraban las plañideras y gemían
los padres
Pronto pasaron todos ante la humilde
casa
Dejando sola a la madre con su niño
muerto.
Medianoche era cuando sobre el valle
Estalló la tormenta con furia salvaje;
La nieve caía en furiosas ráfagas

Y el relámpago lucía entre blancos
copos;
Un terrible presagio parecía cernirse
ominoso
Mientras el trueno retumbaba con tétrico
pavor.
En la casa del muerto las velas
ardían
Y una madre dolorida lamentaba su
pérdida,
Sus ojos irritados incapaces de llorar
más,
Incapaces de ver, de cerrarse y dormir.
En el fragor de la tormenta el reloj
dio las tres
Cuando cerca del muerto algo se
escurrió;
Una cosa incierta que palpaba el aire
Y que subió a la mesa donde yacía el
cadáver;
Con trémulas convulsiones trataba de
dar
Con el frío cuerpo que la muerte dejó
atrás.
La madre despertó de su frágil sueño,
Incapaz de pensar, todavía aturdida;
Pero vió aquel ser venenoso y se
percató
De los glotones deseos que parecía
tener:
De un certero hachazo hendió la
serpentina cabeza
Gritando salvaje mientras la criatura
gemía.
El reptil herido huyó siseando,
Ocultando su cuerpo maltrecho en mitad
de la noche
Las semanas pasaron y se empezó a
murmurar
Que el señor De Blois era un hombre
cambiado
A menudo paseaba por el pueblo con
extraño porte
Abriéndose paso por el gentío.
Se le veía mucho más que antes
Mas de su dama nada se sabía.
Con el paso del tiempo creció la
sospecha
De que atendía con interés lo que se
decía en la villa,
Así que no fue cosa extraña
Que se enterase de lo que sucedió al
alcalde y su esposa:
La siniestra historia, y su horrible
final,
Estaba en boca de todos los lugareños.
El señor la oyó en silencio y partió
con el ceño fruncido,
Y nadie le volvió a ver durante muchos
días.
Cuando el sol primaveral vertió
alegres rayos
Y los mágicos calores borraron la nieve
Un nuevo horror se hizo visible a las
gentes,
Pues entre la hierba húmeda y embarrada

Yacía (preservado por el frío manto
invernal)
El cadáver de la siniestra dama De
Blois,
Su orgullosa frente partida en dos
Por un golpe certero y mortal.
De mala gana llevaron su cuerpo
maltrecho
Hasta las pétreas puertas del castillo,
Donde los silenciosos criados lo
recogieron,
Estremeciéndose, con más pena que
asombro;
El señor miró a su dama con ojos
inflamados
Y casi sin inmutarse, tembló en él la
ira.
(Al menos eso dijeron los labriegos
cuando contaron la historia a sus
mujeres).
La gente se preguntaba por qué De
Blois no dijo nada
De la pérdida de su esposa y su
horrible pena;
Y entre murmuraciones se llegó a
decir
Que el tétrico señor se culpaba a sí
mismo.
Pero pocas esperanzas se tenían de
aclarar
Un crimen tan oscuro; y así pasó el
tiempo:
La horrible historia iba de boca en
boca,
Y era más el miedo y el asombro que la
pena.
Pronto el sol fue debilitándose y dio
paso al invierno,
Que se apoderó del páramo con garras de
hielo.
Diciembre trajo consigo la alegría
navideña
Y las gentes contentas saludaron el
nuevo año;
Pero cuando la Candelaria fue
acercándose
Los viejos, al calor de la lumbre,
recordaban cosas.
Pocos habían olvidado aquella terrible
sucesión
De acontecimientos que tuvieron lugar el
año anterior
Y más de uno miraba con intensidad la
casa
Donde vivían el afligido alcalde y su
esposa.
Al fin llegó el día, y el cielo se
cubrió
De oscuros presagios y amenazantes
nubarrones
Los bosques cercanos gemían al compás
del viento
Y un terror opresivo se cernía en el
aire.
Las sencillas gentes, sin saber por
qué,

Pasaban de largo ante la casa del
alcalde;
En el interior, una afligida pareja
lloraba
La falta del niño que ya siempre
soñaba.
Una oscuridad profunda y tétrica se
desparramó
Desde lo más hondo de la creciente
tormenta;
Extraños lamentos llenaron los vientos
sin lluvias,
Y los aterrados viajeros no se atrevían
a mirar atrás.
Sobre los campos, furiosa, rugió la
tempestad;
El río batía con fuerza las trémulas
riberas;
Terrible la tormenta bramó en mitad
de la noche
Helando la sangre de los que escuchaban;
Arboles enormes fueron barridos como
hojas,
Y el vagabundo buscó tembloroso un
refugio.
De pronto cayó una calma repentina en
mitad de la furia
Y el rugir del viento se tornó suave
gemido;
Lejos, cerca del río que riega los
campos del pueblo,
Se oyó un nuevo aullido, profundo y
lejano;
Y los que escuchaban atentamente se
estremecieron
Acurrucándose en la espectral oscuridad,
Pues todos sabían con funesta
seguridad
¡Que aquellos gemidos provenían de los
lobos!
Los campesinos escuchaban con atención
La horda de lobos que llegaba desde el
río;
Sobre las aguas un coro de aullidos
Rasgó el aire y se desparramó por los
páramos:
Con los ojos como brasas avanzaron
las criaturas,
Clamando al aire su hambre salvaje.
A la cabeza del grupo surgió un
poderoso ejemplar
Que parecía mandarles con voz potente;
Los demás lobos obedecían sus
bestiales aullidos
Y formaron columnas en orden de batalla:
No atacaron a nadie pero silenciosos
marchaban
Sobre los campos gélidos con un solo
propósito.
En línea recta avanzaron por las
calles del pueblo,
Su trotar fantasmagórico lleno de vigor;
A través de los postigos miraban los
lugareños
Y su miedo se tornaba desconcierto.
Al fin la manada descubrió su

objetivo
Y el aire se llenó de un profundo
aullido;
Los campesinos, sorprendidos,
observaban la horda
Que se reunía en una de las granjas del
lugar:
Y pronto se propagó el terrible
rumor,
¡Aquella era la granja del alcalde!
Los demonios ululantes dieron vueltas
y vueltas
Mientras su jefe trepaba por la hiedra
del muro;
El viento frenético batió con más
fuerza,
Susurrando locuras sobre los doblados
tejos.
En la casa indefensa, el alcalde
esperaba
La horda salvaje, confiado a su
destino,
Pero su aterrada mujer revivía callada
Otro monstruoso pasado y otra lejana
escena;
A través del rugido del viento sobre
los muros
Recordó a la dama y aquella terrible
serpiente:
Y entonces, como si adivinara el
pensamiento,
El lobo, fauces abiertas, atravesó la
ventana.
Lleno de rabia asesina, por la
habitación,
Saltó el demoniaco ser en busca de su
esposa;
Con terrible anhelo olisqueó su
presa,
Cerca del sitio donde reposaba el
cadáver.
Con furia renovada rugió la
tempestad,
Arrastrándose entre las colinas, soplando
en el valle;
La vieja casa se estremeció, la
jauría
Estalló en un furioso profundo aullido.
Rápidamente el valeroso alcalde se
interpuso
Ante el lobo con un arma en sus manos.
La misma hacha que antaño se usara
Sirvió otra vez para acabar con el
monstruo.
La bestia, con el cráneo hendido, se
desplomó
Sobre el suelo, tan quieto como la
muerte;
La esposa indemne dejó de gritar,
Desmayándose en los brazos de su marido.
Pero entonces toda la casa se
estremeció
Y con furia titánica la tempestad rugió:
Los muros se quebraron y sobre los
hombres
Cayó toda la barbarie de la tormenta.

La manada de lobos avanzó con paso
tétrico,
Y en cada rostro podía verse hambre y
muerte
Pero entonces, sobre la horrible
noche,
centelleó un haz de inesperada luz:
todos pudieron ver con claridad la
escena,
haciéndole temblar con nuevos miedos.
Sobre la oscuridad resaltaban las
chimeneas,
Dibujadas sobre la brillante luminosidad,
¡Y aún seguía colgado el sepulcro
familiar,
La imagen del Salvador y la Cruz
divina!
Sobre los muros descompuestos brilló
el fulgor
Haciendo que las bestias dejaran de
avanzar:
Los monstruos sorprendidos quedaron
quietos;
¡Y se esfumaron en el aire vacío!
Los lugareños oraban enfebrecidos,
Rezando el rosario una y otra vez.
Pronto desapareció la luz y el fulgor
El tiempo del horror y la muerte había
pasado.
Asombrados y pálidos, de sus
socavados muros
Salieron el buen alcalde y su esposa:
Las gentes los cuidaron con cariño y
por la villa
Se extendió una extraña sensación de
paz.
La maravilla y el miedo siguió en sus
sueños,
Hasta que los rayos de la luna abrieron
las nubes.
Aquí se para el viejo en su cháchara,
Confundido con la edad, la historia a
medio contar;
Los que escuchan se impacientan por
saber el final,
Temiendo que no sea una historia, sino
dos;
El debe saber qué la sucedió al
siniestro señor
Cuyos extraños designios crearon el
cuento,
Y se asombra de que la crónica
despierte interés
Como para seguir hablando del lobo
nocturno.
Su vieja esposa, ante la solicitud de
los oyentes,
Asiente tétricamente, y sigue reviviendo
Sucesos más extraños del final de la
historia
Sobre el lobo y el alcalde, milagro y
tempestad.
Cuando (continúa) los rayos del
amanecer
Impregnaron la escena de tanto horror,
Los aterrados labriegos que vieron las

ruinas
Encontraron entre los escombros una nueva
maravilla.
Desde los muros caídos unas huellas
rojas,
Las del lobo herido, salían sin rumbo
fijo;
Sobre el camino erraban las huellas
Hasta perderse en los alrededores
pantanosos:
Asombrados, los curiosos se fueron,
Pues lo que de allí salía jamás
retornó.
De nuevo el viejo, entornando los
ojos,
Hace una pausa para ver un halcón en el
cielo;
Los asustados oyentes se impacientan
Y esperan el desarrollo de la historia.
El cronista atiende los ruegos de la
gente
Y sigue murmurando extrañas cosas de su
cuento.
¿El señor? Ah, si... en vano aquella
mañana
sus temblorosos criados rastrearon el
páramo;
nadie le ha vuelto a ver desde que
huyó
en silencio en la oscuridad que precede
al día,
su caballo, inquieto y extrañamente
asustado,
volvió solo aquella noche desde el río.
Su perro de caza, aullando
tristemente,
Vagaba por el pantano, embargado por la
pena.
Las gentes hicieron suposiciones, mas
nada decían;
Los sirvientes buscaron en vano:
Pues el señor De Blois (y su esposa
también)
Jamás fue visto por nadie nunca más.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
03/07/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/